

Tres vueltas de campana

Nunca le hice tanto daño a nadie como a Víctor. Lo recuerdo todo difuso, como en fotogramas sueltos. La carretera, la curva, un coche rojo invadiendo mi carril y un volantazo con todas mis fuerzas, sin cálculo, hacia el vacío. Di tres vueltas de campana. Dicen que la vida pasa ante tus ojos cuando estás a punto de morir. Seguramente yo no iba a morir pues no pasó ante mis ojos la imagen de mi abuela friendo pestiños, ni el azul del cielo aquel verano del 94. Pero cada vuelta que di montada en mi coche me trajo a la mente el recuerdo de Víctor. Una vuelta, un año. Los tres que pasamos juntos antes de que yo lo alejara de mi vida con la maldad de una traición y la crueldad de la indiferencia. Mi conciencia no me ha absuelto, está claro, y me lo ha arrojado a la cara en la frontera entre la vida y la muerte. Si hubiera muerto, ¿cómo habría pasado al más allá? No dejo de pensar en él.

Siento un dolor indescriptible en todo mi cuerpo. No veo. Quizás haya perdido la vista, no lo sé. Siento que algo me cubre la cabeza y los ojos. No puedo hablar. Respiro por mí misma pero creo que el aire me entra directamente a la garganta. Me escuece mucho. No puedo mover las manos, los pies, los brazos, las piernas, la cabeza... Sólo me une a este mundo el dolor y el oído. Porque puedo oír todo lo que sucede a mi alrededor. Eso me salva. Me salva de la locura, del miedo a la soledad. Porque me siento sola, perdida, como una niña que necesita a su madre, aunque haga años que no la necesito. Padre nunca tuve. Pero, pese a esta soledad, el recuerdo de Víctor me atormenta mucho más. Tres años, tres vueltas de campana, mi vida que no pasa ante mis ojos, sólo los tres años que pasé con él, y el daño que le hice. Sólo quiero dormir. Quizás también morir. Aunque si eso supusiera volver a ver pasar esos tres años ante mis ojos con tanta claridad,... Eso sería peor que la misma muerte.

Llevo ya muchos días aquí. Supongo que estoy en la UCI de algún hospital. Ya conozco a varias enfermeras. Suelen hablarme en voz alta, risueñas. Me dicen cosas como “vamos, guapa, que ya mismo te pondrás bien”, o “¿dónde está la niña más simpática del hospital?” Ni yo soy ya una niña, porque después de los treinta una entra en picado en la recta hacia los cuarenta, ni estoy tan segura de que vaya a ponerme bien. Yo les sonrío, porque sé que lo dicen para animarme, pero no las tengo todas conmigo, ni sé tampoco si las quiero tener. Debo llevar casi una semana aquí, a juzgar por el número de relevos que han pasado, pero puedo haber estado inconsciente más tiempo y calcularlo me resulta imposible.

Ya nada me ata a este mundo. Qué paradoja. No puedo mover mis brazos ni mis piernas. No lo necesito. No hay nada en mi vida que me dé la fuerza para seguir viviendo. Poco antes del accidente vivía intensamente. Tenía un grupo de amigas inmenso, una vida sexual francamente satisfactoria, sin ataduras... Ataduras, de nuevo esa palabra. ¿Qué es una atadura? ¿Lo que te apresa contra tu voluntad o lo que te salva de hundirte? Cuando rompí con Víctor acabé con la única atadura que tenía. Respiré tranquila. Era libre, libre para ser yo misma, para desarrollarme como persona, siguiendo los dictados de mi corazón, siguiendo mi propio camino, eligiendo qué vientos me guiarían.

El doctor pasa a verme todos los días. Es seco. No habla conmigo. Se limita a hacerme preguntas en un tono de voz algo más alto del que sería necesario, pero no he encontrado aún la manera de decirle que mi oído está perfectamente. Su mano es cálida. Cuando la posa sobre mí percibo que aquella voz dista un abismo de su corazón. Me conforta, me manda su aliento, aunque yo no lo necesite porque no quiero vivir. Y no porque esté deprimida. Mi situación no me deprime. Saberme confinada en una cama con el oído como única tabla de salvación no me hunde. Sólo me anima. Porque sólo me queda eso. Y de ahí a la muerte sólo queda un paso.

Hoy me he irritado por primera vez. Me he enfadado con el doctor, aunque no pueda decírselo. Después del aseo ha venido un hombre y ha comenzado a tocarme. En un primer momento me ha extrañado. Supongo que es un hombre por el olor. El olor. Tampoco he perdido ese sentido. Ha sido la primera vez que he sido consciente de que puedo oler y en ese preciso instante se han abierto para mí de par en par las puertas del mundo de los olores. Todo desprende un olor muy particular y, entre todo ello, aquel perfume: el del hombre misterioso. Pero ese misterio ha dejado de serlo en el preciso instante en que ha entrado la enfermera, no la que me dice piropos ni la que me quita años, sino esa otra que parece más mayor y que siempre que entra en la habitación, porque estoy en una habitación para mí sola, repite un “ay, ay, ay”. Me lo ha presentado como “el fisio”. En ese momento mi mundo se ha venido abajo. Yo sólo quiero morir y, por lo poco que sé, la finalidad de un fisioterapeuta es, digamos, devolverte a tu vida. Pero es que yo no la quiero.

Nunca he tenido queja alguna de ninguno de los profesionales que me han cuidado. Todo lo contrario. Sé que si estoy viva es gracias a ellos. Pero el fisioterapeuta me confunde. Sé que él no está aquí para mantenerme con vida. Él llega todos los días después de mi aseo personal para prevenir rigideces en mi maltrecho y cada día menos doloroso cuerpo. Pero también para capacitarme para moverme y, un día, salir de aquí. Nadie sabe quién soy. Nadie sabe lo que he hecho. Nadie sabe que en la frontera de la muerte yo no me acordaba de mis abuelos, de mi infancia, ni de la profesora de mates. Nadie sabe que sólo pensaba en Víctor. Y está claro, mi mala conciencia me lo escupió todo a la cara en el último momento. Me lo tenía guardado. Mala pata, pensaré mi conciencia, si es que la tengo. Sigo viva. Pero puede que me tenga reservado otro capítulo para mí. Y lo peor: no se lo reprocho.

Qué difícil es ser fiel a una misma. En el mismo momento en que tomas una decisión te estás arrepintiendo de ella. ¿Qué es una decisión más que un simple paso? ¿Qué es una decisión más que una encerrona en la que una misma se mete cuando quiere poner freno a lo que, sí o sí, está

por venir? ¿Qué es una decisión más que una excusa para romper con lo que tienes, por ambición quizás, por deseo tal vez, por tener más aún de lo que tienes restándole valor a todo lo que vas a dejar atrás y que un día fue el resultado de otra decisión? ¿Dónde está la frontera entre el bien y el mal? ¿Dónde está el límite que separa la mejora y el ansia por el cambio? ¿Dónde nace un fracaso, en el error al elegir o en la equivocación de plantear una elección?

El médico había decidido que yo debía vivir. De no ser así no se habría tomado tantas molestias en sacarme adelante. No me habría mantenido en la UCI tantos días ni me habría prescrito la fisioterapia. ¿Se arrepentiría el doctor de esta decisión si conociese mi verdad? Pero, ¿cuál es mi verdad? Mi conciencia no me absuelve de haber tratado tan mal a Víctor, de haberle hecho tanto daño como le hice. ¿Qué me hizo él a mí?, ¿amarme?, ¿darlo todo por mí? No era perfecto, lo sé, pero ¿qué me hizo? Con él lo tenía todo. Todo. Pero dudé, me planteé lo que dejaba atrás por estar con él. Y la bola fue haciéndose cada vez más grande hasta que acabé odiándolo por coartarme la vida, por limitarme. Aunque él nunca hiciera eso. Pero es que, ahora lo sé, no se puede tener todo. Si quieres algo debes dejar otra cosa. Y Víctor fue la otra cosa. ¿En su lugar?... No sé. La libertad de ser yo misma... sin ataduras. Otra vez las ataduras.

Ya puedo mover mis manos y mis pies. Es un movimiento muy débil, pero “tienen actividad, que es lo importante”, como suele decir la enfermera que me quita años. El fisio no me dice nada, tan sólo me trata con sumo cuidado, con calidez, como no queriendo hacerme daño, pero con la determinación de que lo que hace debe ser hecho así, sin reticencias. Yo me dejo hacer, y tampoco digo nada. Por cierto, ya puedo hablar. Lo descubrí una noche. Sentí un fuerte dolor en la espalda y se me escaparon de los labios un “¡madre mía!” que habría despertado a las piedras. No obstante, las enfermeras se encontraban en su estar en ese momento con una agitada conversación y no debieron achacar aquella exclamación a mí sino a una anciana demenciada que moriría a las pocas horas. Creí ver en este hecho una revelación pues tras comprobar, ya en voz baja, que podía

articular palabras, decidí mantenerlo en secreto el tiempo que fuera posible. Quizás quería aferrarme a las ataduras que me aislaban del mundo reservándome, tan sólo, un escenario en el que todo pasaba excepto mi propia existencia. Quizás quería evitar dar explicaciones, contar quién era yo, lo que había hecho, por qué estaba sola, por qué nadie había venido a visitarme en todo este tiempo.

Como si de un hechicero se tratase, a la mañana siguiente el doctor me pidió que tratara de articular palabra. En un primer momento me resistí pero, finalmente, y dada mi incapacidad para fingir, hablé. La alegría se hizo en aquella sala donde el drama y la tristeza eran el pan de cada día. Me sentí llena de una extraña fuerza. Hacía años que no sentía algo así. Personas que no conocía de nada se alegraban por mí, sin importarles quién era o lo que hubiera hecho... Mamá solía alegrarse tanto con todo lo que me ocurría... ¿Qué nos pasó? ¿Qué me pasó? Todo fue a raíz de lo de Víctor. No comprendía cómo podía pensar así, cómo podía arruinar lo que tenía, lo que ella siempre ansió y no pudo tener porque mi padre se marchó con otra mucho más joven que él cuando yo tenía sólo cinco años. Las manos de mi fisioterapeuta mecen mis piernas invitándome a moverlas. Siempre añoré que mi padre me meciera en sus brazos como lo hacía el padre de Andrea, mi mejor amiga, cuando ésta estaba triste. También lo hacía Víctor.

Las lágrimas empapan las gasas que me cubren los ojos al recordar aquella época. Qué bello fue aquel tiempo comparado con la libertad que conseguí, la que tanto deseaba. Víctor me dio todo lo que no tuve de mi padre, me dio la vida, las ganas de vivir, de reír, de luchar, le dio sentido a mi existencia. Y así, cargada con su fuerza, con su aliento, volé lejos de él, de sus brazos, de sus besos, de esos besos perdidos que jamás podré recuperar pues corté las ataduras que los ligaban a mí, a mi pecho, a mi alma en eterna búsqueda.

Cuánta calidez, con cuánto amor da vida a mis miembros este hombre que cada día me

ayuda a regresar a la vida, que me rescata de este pozo sin fondo en el que caí. No, al que me tiré al soltar esas mismas ataduras que yo creí límites y no eran más que lazos, esos lazos que nos unen a la realidad, a la vida que construimos cuando no pensamos que estamos construyendo nada. ¿Acaso cambia uno de casa porque no le guste el color de las paredes? Así de inconsciente fui, y así trató de hacérmelo ver mi madre, esa a la que dejé de responder, a la que dejé que se esfumara de mi vida como bruma al amanecer.

Las brumas que nublan mis ojos quizás mañana se disuelvan. Quizás arrastren consigo las tinieblas de mi alma. El médico me ha dicho que mañana me quitará el vendaje de la cara. Al parecer, el choque me hirió los ojos. No sabe si podré ver. Todos se muestran muy optimistas, pero yo no sé qué pensar. En estos últimos días me he reconciliado un poco más conmigo misma y con mi conciencia. Es más, me he preguntado si en verdad tenía mala conciencia por todo lo que hice o si, simplemente, añoraba a morir a Víctor. ¿Por qué tuve el accidente? ¿Invadió el coche rojo mi carril o circulaba yo por el suyo? ¿Fue un error o quizás lo hice a propósito? ¿Me entró miedo y traté de esquivarlo? No recuerdo nada antes del accidente. La verdad es que recuerdo poco de todo este tiempo. Han sido varios años. Demasiados. Y apenas recuerdo breves flashes de aquel tiempo. En cambio, aquellos tres años pasaron ante mis ojos vívidos como el primer día. No, no era mala conciencia lo que tenía cuando daba una, dos y tres vueltas de campana. Era nostalgia, una inmensa pena por lo que dejé pasar, por lo que aparté de mi vida pensando en lo que no tenía y olvidando lo que me llenaba.

El fisioterapeuta ha llegado esta mañana algo más temprano de lo normal. Parece serio. Normalmente habla poco pero hoy está especialmente silencioso. He sentido miedo. Quizás sepa algo que yo no sé. Quizás hayan averiguado algo y no pueda recuperar la vista. En estos días en la UCI mi cuerpo se ha restablecido y yo misma he recuperado las ganas de vivir. Me siento triste, nostálgica, pero siento la vida un poco más atada a mí. Resulta curioso. Las dichas ataduras.

- Hoy es el día – dice el fisio serio.
- Sí –respondo algo inquieta.
- No debes preocuparte, seguro que todo irá bien.
- No me preocupa quedarme ciega. Hay otras cosas que me inquietan más en este momento.
- Como cuál.
- El pasado.
- El pasado pasado está. Has vuelto a vivir. No es fácil sobrevivir a un accidente como el que dicen que sufriste. Te lo digo yo, que lo veo a diario.
- A veces sobrevivir no es lo mejor que puede pasarte.
- Te entiendo.
- ¿Has sentido alguna vez eso?
- Sí – dice titubeando.
- ¿Qué me recomiendas entonces?
- Confía.
- ¿En quién se puede confiar? – pregunto acordándome de lo que le hice a Víctor. Él siempre confió en mí.
- Creo que en todos los días que has estado aquí has tenido tiempo para darte cuenta. Hay mucha gente en la que puedes confiar.
- Lo sé. Y me siento inmensamente agradecida a todos los que habéis estado a mi lado. Pero quizás mis heridas estaban más dentro que fuera. Y por más que os hayáis esforzado en sanarlas... Las del alma siguen ahí. En lo más hondo de mi ser. Y, entonces, sobrevivir no es más que seguir sufriendo.
- Ya – alcanza a decir, entrecortado.
- Entonces, confiar... ¿En quién confío?

- En quien te ama – me interrumpo.
- A mí ya no me queda nadie – digo compungida y nerviosa. Oigo la voz del doctor. En breve me quitará la venda de los ojos y sabré un poco mejor cómo será mi futuro.
- Hay veces que llevamos una venda en los ojos y no lo sabemos aunque podamos ver nuestro reflejo en el espejo.
- ¿Y cómo se la puede quitar una? – replico agonizando por la cercanía del doctor en el pasillo.
- Amando. Sólo podemos ver a través de ella amando – dice apretando mi mano con fuerza. Aquello me estremece. Siento un escalofrío y la venda de mis ojos cae antes siquiera que el doctor entre en la habitación. Aquella voz, aquella energía atravesando mi cuerpo a través de esa mano que me suelta y se aleja de mí.
- ¿Víctor? – pregunto derrumbándome entre espasmos que no sé distinguir si son de felicidad o agonía. No quiero que se marche, no quiero que se aleje de mí. No quiero volver a perderlo jamás en la vida. La vida se me escapa en el aliento, en mis dedos tensos que sólo alcanzan el aire, en mis ojos llorando todos los mares posibles...
- Soy yo. Te espero fuera... como llevo haciéndolo todos estos años.